—Pepe—dijo el anciano, después de haber doblado la carta y haberla encerrado en un sobre,—vas á hacer el favor de escucharme atentamente.

El criado se inclinó.

—¿Has almorzado?

—Aun no, señor duque.

—Pues bueno: coge lo que necesites y te lo comes por el camino, ó almuerzas mañana ú otro dia.

—Está bien, señor duque.

—Haz que enganchen; te vas á la estación, y de allí á Lusay.

—Bueno.

—Entregarás esta carta á mi nieta. Procura que no te vea nadie, y acompáñala aquí.

—Lo haré, señor.

José se eclipsó.

—Y ahora, vamos á casa de Carolina,—dijo el duque, levantándose.

Se miró en un espejo y se sonrió.

—La verdad es—se dijo—que parece que me han quitado diez años de encima.

Subió á su alcoba y empezó á vestirse con un cuidado minucioso, y poco después salía á la calle con una irreprochable levita, un botón en el ojal, muy retorcidos los bigotes y el pardesús al brazo, bajó á pie por el faubourg y llegó á la calle de la Paix, después de haber atravesado los boulevares.

A las doce y veinte entraba en la casa de la célebre modista.

Estaba positivamente más joven y más tieso que de costumbre.

Más simpático no, porque era imposible.

Lo era siempre.

Hombre feliz por excelencia, en posesión de todos los bienes apetecidos, nacimiento, títulos, talento, salud y fortuna, sabía hacerse querer.

Encontró á Carolina, que le estaba esperando, vestida con una bata elegantísima, tan fresca como siempre.

Los cubiertos estaban puestos en una mesa de un elegante y reducido comedor.

Cogió la mano regordeta y blanca que su amiga le presentaba y se la llevó á los labios, al mismo tiempo que decía en tono de broma y ceremoniosamente:

—Me haréis el favor de dispensarme, mi estimadísima amiga, si contra mi costumbre llego un poco tarde. Cuando sepáis cuáles han sido las causas de la infracción de las reglas de cortesía, no tendréis valor para regañarme.

—Es tal la alegría que siento por teneros hoy á mi lado, que no había pensado en semejante cosa.

El anciano suspiró.

—Pues lo que es yo no puedo estar más satisfecho.

Carolina se sonrió.

—En efecto, veo en vuestro rostro un no sé qué, que no recuerdo haber visto nunca. Estáis radiante.

—Es que no me ha ocurrido nunca una aventura semejante.

—Contádmela.

—Luego, cuando nos sentemos á la mesa. La alegría no quita el apetito; al contrario, lo desarrolla.

Se sentó enfrente de la antigua novicia de Quimper, y empezó el almuerzo.

El duque no había acabado de comer la tortilla, cuando dijo, no pudiendo contener la alegría:

—Ya os he explicado la causa que trae revuelta á toda mi familia.

—En efecto.

—Una niña perdida que mi nieta trata de encontrar, y cuyos esfuerzos no obtienen el menor resultado.

—Sí, ya recuerdo...

—Pues bien, creo saber algo.

—¿Vos?...

—¡Yo! ¿Os choca?

—No, pero...

—¡Decidlo de una vez! ¿Pensais que sería muy extraordinario que yo lograse encontrar lo que tantos otros no han podido hacer?

—No... Solo que...

—Dejaos de cumplidos á propósito de mi éxito probable. Debo reconocer que no es debido más que á un capricho de la suerte...

—¿Cómo?

—Sería muy largo de explicar... Básteos con saber, primero:

«Que he encontrado en una mala agencia, dirigida por verdaderos canallas, un empleado original que adivinó en seguida cuál era el objeto de mi visita, y que deseando jugar una trastada á sus amos, que no remuneran suficientemente sus trabajos, me ha dicho lo que necesitaba saber.

»Segudo. Que ese individuo, un gascón encargado de visitar la Bretaña en general y el

Morbihan en particular, conocía desde hace mucho tiempo el nombre de un pueblo, donde se encontraba cierta viuda, ya sabéis, que desapareció con la niña cuya historia conocéis.

»Tercero. Que nuestra Susana ha sido criada en la miseria en una miserable choza, construida á orillas del mar, como la hija de un pescador, que andaba con los piés descalzos por entre las rocas, mientras que su nodriza, que se habia vuelto loca, permanecia constantemente sentada á la puerta de su choza.»

Carolina miraba al duque con ávidos ojos.

El anciano lo notó, y dijo:

—Parece ser que mi historia empieza á interesaros...

—Sí, mucho.

—Bueno, pues servidme un vasito de ese Medoc reparador, y os contaré lo que sigue.

La modista preguntó:

—Decidme tan sólo el nombre de esa aldea.

—Esperad que saboree el producto de mis viñas bordelesas. ¿Os gusta?

—Es exquisito.

—No vayáis á creer que he confiado á mi débil memoria todos los detalles de la entrevista; he tomado notas y voy á consultarlas... Sin embargo, puedo deciros que la aldea se llama Lantenon... Larme...

—¿Landeron?—exclamó Carolina.

—Precisamente. ¿Conocéis el sitio?

—He oído hablar mucho de esa aldea.

—¿A quién?

—Al señor de Kerdaniel.

—¿A vuestro teniente?

—En persona.

propias fuerzas, ó mejor dicho, á su sola debilidad, será muy bien acogida, con los brazos abiertos.

Una alegre sonrisa se dibujó en el rostro del señor de Lusay.

—Sin embargo, os declaro que tengo miedo... que por lo menos tengo ciertas aprensiones y que hago toda clase de votos porque nuestra dicha sea grande, porque tengamos que acoger á una joven digna, con el talento y el corazón de su padre y con la belleza de su madre, la señora condesa de Busey. ¡Oh! entonces sería para mí la realización de un hermoso sueño.

—¿Cuándo sabréis á qué ateneros?—preguntó Carolina.

—El tiempo que tarde en ir al Morbihan para tomar algunos datos.

La célebre modista puso una mano sobre el hombro de su amigo, y dijo:

—Creo poderos haceros un pequeño servicio...

—¿Cómo?

—Dándoos unos cuantos datos.

—¿Sabéis... podéis?

—O mucho me engaño, ó lo sé todo.

—¡Me dejais lelo!

—Desearíais encontrar una joven graciosa...

—A ser posible...

—¿Distinguida?

—Sin duda.

—¿Buena é inteligente?

—Sobre todo.

—¿Dotada de todas las cualidades que hacen adorar á la persona que las posee?

—Por lo menosde algunas... De las principales.

—Seréis servido á vuestro antojo.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Y habéis visto á Susana...

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Creo soñar.

—¿Cuándo?

—Varias veces.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¡Susana! —exclamó el anciano.—¡Vuestra Susana!

—Vos lo habéis dicho. Al oiros ayer, pensaba en ella... No quise daros una falsa alegría.... Podía engañarme, y quería tener la seguridad de que mis presentimientos eran ciertos. Esta mañana he mandado á buscar á Susana, que ha sido criada por una mujer en el Morbihan, y cuya historia me chocó mucho desde un principio. Ya se había marchado de paseo, con la fogosidad de sus pocos años. Quise dirigirme por otro lado para saber... Quise ver á su amigo el pescador de Landeron, que entró aquí al mismo tiempo que ella y que hubiera podido darme toda clase de detalles precisos sobre su infancia y el nombre de la mujer encargada de ella desde su niñez..., No estaba tampoco... Todos ellos, como jóvenes, corren el tacón y se aprovechan del dia de fiesta. Pero no necesito preguntarles. Después de haberos oido, tengo ya la completa seguridad de que es ella. Mi Susana es la que buscáis... Mi querida y desgraciada amiga la baronesa de Kerdaniel,

encantada por su gracia y por su inteligencia, la cogió bajo su protección y la ha educado é instruido hasta el punto de enseñarla todo lo que una joven necesita saber... El talento de Susana ha hecho lo restante. ¡Ah, mucha suerte tenéis! ¡Qué bien hice en recogerla en mi casa cuando llegó á París, estuve inspirada! ¡Cuanto me felicito por haber dulcificado las dificultades de sus primeros pasos en la vida de este infierno, como vos dulcificasteis los míos! Sin saberlo trabajaba por vos, amigo mío, y os aseguro que yo también estoy contentísima.

El anciano estaba sumido en un verdadero estupor, estupor que rayaba en éxtasis.

'De modo, que aquella niña que buscaban por lejanos sitios estaba en medio de ellos!

Hubieran podido hablar con ella todos los días.

Y á medida que Carolina, que continuaba hablando de su protegida, entraba en una infinidad de detalles, se decía que no tenían ni siquiera que conocerla.

Su mismo padre, Raimundo de Bordes, la habia examinado atentamente una mañana en que habia ido á llevar unos sombreros á la joven marquesa de Bordes, que estaba ausente.

Cuando volvió á la tienda, Susana contó á su maestra la conversación que habia tenido con el marqués y con el ayuda de cámara, que le habia dicho una infinidad de cosas.

—¡Con Rubol!—dijo el duque pensativo.

Permaneció largo rato abismado, gozando interiormente de la alegría que sentía; y Dios sabe el tiempo que hubiera permanecido, á no

haber entrado la criada que servia á la mesa, diciendo á Carolina:

—Señora, ahí está el señor de Kerdaniel, que desea veros.

La modista se levantó bruscamente, diciendo al anciano:

—Mirad, querido, se nos presentan todas las suertes á la vez. Ya no necesitais enviar á nadie á Bretaña.

El teniente entró con la modista, que le presentó al duque de Lusay.

—Por más que ya creo que os conocéis—dijo Carolina al oficial,—porque recuerdo que habéis visto otra vez aquí al señor de Lusay... Hoy es una feliz circunstancia la que me proporciona el honor de tenerle aquí á almorzar. Voy á explicárosla.

El bretón estaba preocupado.

Pudo verse tan solo con mirarle, que un mal viento había soplado sobre su persona y sobre sus negocios.

Tan visible era, que la modista le preguntó:

—¿Qué tenéis? ¡Qué sombrío estáis! ¿No estáis bueno? ¿Vuestra salud se resiente?

—No—dijo;—por el contrario, tengo grandes esperanzas por ese lado. Un médico de mi país me ha asegurado que con unos meses de convalecencia podré volver al servicio.

—¿Entonces?...

En los labios del oficial se dibujó una melancólica sonrisa.

Miró á Carolina con ojos que pedian un consuelo y un apoyo, y decidiéndose á hablar, dijo:

—Voy á deciros en secreto cuanto me ocurre, sin que el señor duque sea un obstáculo, porque demasiado sé que ha de guardar el mayor secreto... Me ocurre una rarísima aventura...

—¡A vos!—exclamó Carolina.

—A mí.

—¿Y es?

—Vais á saberlo.

El duque le interrumpió:

—¿Habéis almorzado?—le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Cuando habeis llegado?

—Esta madrugada.

—¿De Kerdaniel?

—Precisamente.

—¿Kerdaniel está próximo á una aldea que se llama Landeron?

—En efecto—dijo el hombre muy sorprendido.

—En ese caso vais á darnos unos cuantos datos que nos han de ser muy útiles.

Carolina puso su mano en el brazo del anciano, diciendo:

—Dejad á este pobre Pedro que nos cuente su historia. Supongo que debe tener alguna relacion con la nuestra.

El teniente prosiguió:

—Seré breve. En dos palabras; profeso una amistad sincera á una joven...

—¿A Susana, verdad?—preguntó la modista.

—Cierto.

—Y entonces, ¿de dónde proviene esa tristeza?

—Creia que era pobre y ahora resulta que pertenece á una familia rica.

—¿Cómo lo sabeis?

—Esa familia gasta cantidades considerables para buscarla.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Un anciano de Landeron.

—Kergoz—dijo á su vez el duque con cierta malicia.

—¿Le conoceis?

—No. Continuad.

—Ayer, unos momentos antes de ponerme en camino, el pobre hombre me ha contado todo cuanto sabe referente á Susana; su llegada á Landeron con la mujer del leñador, á la cual habian entregado la niña; el relato que le hizo la viuda que poco después debia perder la memoria y caer en una locura inofensiva, y por fin, las pesquisas hechas en varias ocasiones por un agente para saber por él lo que habia sido de Susana.

—¿Buscare?—preguntó el señor de Lusay.

La extrañeza del teniente aumentó.

¿Cómo podía estar el duque al corriente de aquellos detalles, que él no conocía la víspera?

Sin embargo, prosiguió:

—El agente reveló al señor Kergoz, que Susana estaba destinada á poseer una fortuna enorme.

—¿Y qué; es eso una desgracia?—preguntó el anciano.

—No; pero por lo que á mí me toca, lo siento, porque pudiera creerse que al hablarla de mis sentimientos obedecía á un cálculo...

—Callad, por Dios.

—Como no soy más que un oficial sin fortuna, obligado quizás á retirarme; como no poseo más que una casa en ruinas y unas cuantas tierras que producen lo suficiente para no morirme de hambre, puede suponerme que pretendo casarme con una heredera rica para reponer mi fortuna, y además, aunque me resignara á cumplir lo prometido, sus padres tendrán para ella exigencias y ambiciones.

—¿De modo que la amaríais, que la querríais más no siendo rica, que con una familia y una fortuna?—preguntó el duque.

—Os aseguro que sí, y puedo afirmaros que lo que quiero es su felicidad y renunciaría á mi felicidad con tal de labrar la suya.

—¿La amais?—preguntó á su vez Carolina.

—Desde hace muchos años.

—¿Se lo habéis dicho?

—Hace tan solo unos días.

—Y sé que habéis ido mucho más lejos...

—¿Cómo?

—La habéis propuesto una boda.

—Sí; la he propuesto que acepte el nombre de un pobre enfermo, y que comparta con él su triste existencia... Seguramente es un sacrificio inmenso... lo que la pedía...

—¿Qué os ha contestado?

El oficial sacó la carta de Susana de una carterita, donde estaba cuidadosamente doblada, se la dió á Carolina, que la leyó minuciosamente, y se la entregó después al señor de Lusay, diciendo:

—Tomad, leedla, y enorgulleceos de mi protegida tanto como lo estoy yo.

Con viva emoción recorrió el anciano aquellas líneas, en las cuales se revelaba tal cual era el alma pura de Susana.

Pedro de Kerdaniel les miraba alternativamente, y no sabía qué pensar.

¿Qué ocurría?

¡Qué poco se habían extrañado, tanto el señor de Lusay como Carolina, de la importantísima noticia que acababa de comunicarles!

¿Conocían tantos puntos sobre aquel asunto que debía serles completamente desconocido, Landeron... Kergoz... y la historia de Susana... hasta el punto de no ser un secreto para ellos?

La voz del señor de Lusay le sacó de sus reflexiones.

—Sí—decía el anciano á la modista, al mismo tiempo que la devolvía la carta;—tenéis razón, esa niña es un verdadero tesoro.

Y dirigiéndose á Pedro de Kerdaniel, añadió:

—Vuestros escrúpulos os honran, teniente, pero es preciso no exagerar... Tenéis un nombre honorable; habéis cumplido con vuestro deber; estais dispuesto á seguir haciéndolo, y no hay heredera que no se sintiese orgullosa dándoos su mano. En cuanto á la pobre joven, nadie puede saber aún cuál será su suerte... y con el carácter que creo que tiene, la causaríais un inmenso pesar si volvieseis á recoger vuestra palabra. Esto, en fin, puede ser una cosa seria que tendreis que arreglar entre los dos...

No habiéndose ocupado nadie de su juventud más que vuestra excelente y santa madre, sería verdaderamente extraordinario que unos

padres que por causas desconocidas no se han ocupado de ella, fuesen á impedirla que dispusiese de su porvenir y de su persona. Si mi humilde opinión puede serviros para algo, os la doy tal cual es. En cambio os pido me contesteis á unas cuantas preguntas.

—A vuestras órdenes.

—¿Conoceis al señor Kergoz?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde mi infancia.

—¿Es honrado?

—En Landeron todos lo son.

—¿En qué se ocupa?

—Tiene una taberna y un estanco de tabacos que le han dado méritos adquiridos en la marina.

—¿No será rico?

—¡Oh! no; pero tiene poco apego al dinero, y no lo necesita.

—¿Es viejo?

—Pocos años pueden quedarle de vida; es decir, que solo creo sean unos cuantos meses. Esto es lo que quizás le haya obligado á hacerme depositario de un secreto que él solo conocía.

—La nodriza de Susana, ¿es, en efecto, la viuda de Blas Rufin?

—Eso es indiscutible, señor duque.

—¿Estáis seguro?

—Sin la menor duda.

—¿Susana no ha salido nunca de aquella aldea de pescadores?

—Hasta que vino á Paris, hace unos cuantos meses, no.

—¿Y antes?

—Creo que fué con mi madre una vez á Saint-Anne-de-Auray.

—¿De modo que no ha podido haber ninguna sustitución?

—Imposible, señor duque.

—Según lo que de ella sé y por la carta que acabo de leer, ha debido recibir buena educación.

—Mi madre la enseñó lo que ella sabía. La tenía gran cariño. Cuando Susana era pequeñita, iba todos los dias á Kerdaniel. Eramos muy pobres, menos que ella, sin embargo, y menos también que los pescadores que nos rodeaban. Susana ha sido la alegría de mi casa hasta la muerte de mi pobre madre. Todo el mundo la adoraba, y no podia ser de otro modo.

El duque sabía á qué atenerse.

Carolina había comprendido de dónde venía el cambio que notaba desde hacía unos cuantos días en el rostro de sus protegidos.

Reinó un momento de silencio, durante el cual aquellos tres seres dejaban vagar cada uno sus pensamientos.

La puerta del comedor se abrió y una criada entró y dijo algunas palabras al oído de su ama.

—La señora de Bordes—dijo Carolina al señor de Lusay.

El anciano salió al encuentro de su nieta.

—¡Ya estás aquí!—dijo estrechándola fuertemente entre sus brazos, en un trasporte de alegría.

—Ya comprendereis que me he puesto en

camino tan pronto como he recibido vuestra carta. Mi marido se había ido á caballo á Anluy, donde ha debido almorzar. Su madre y yo acabábamos de levantarnos de la mesa... Estaba sola... He hecho enganchar. Llegué en el momento de pasar un tren en la estación, como si lo hubiese hecho á posta. Ya comprendereis que en cuanto que he llegado á París, no he querido perder tiempo. Tomé un coche y dije al cochero: «Diez francos si andais de prisa...» Y aquí estoy... ¿Qué ocurre?

—Cosas serias...

—¿Buenas?

—Quizás.

—Quizás no; leo en vuestros ojos que sobra la palabra; estais muy contento porque sabeis que vais á proporcionar gran alegría á los demás. ¡Oh, qué bien os conozco!

—¡Pues bien; lo que tengo que decirte es muy grave!—murmuró el anciano.

—¿Y que es ello?

—Tengo un indicio.

—¿De modo que esas gentes de la calle de Provence han encontrado algo y yo les calumniaba?...

—No, no han sido ellos.

—¿Quién ha sido entonces? Hablad.

—Entra primero.

—Cuando su nieta se halló en presencia de la modista y de Pedro Kerdaniel, dijo:

—La casualidad se ha encargado de servirnos. La excelente Carolina, el señor de Kerdaniel y una serie de circunstancias que los creyentes llaman Providencia á Dios, son los que han contribuido á decirnos lo que queríamos

saber. Pero puedes estar tranquila; podrás devolver la alegría á un hombre.

—¿A Raimundo?

—Sí, á tu marido.

—¡Qué alegría!

En muy pocas y claras palabras, el duque explicó á su nieta todo lo ocurrido; cómo se había hecho la luz á partir de su encuentro casual con Buscare: cómo no podían tener ninguna duda; de qué modo habían visto á Susana, tanto el señor de Bordes como Gabriela; cómo les había llamado la atencion su belleza, sin que se dieran cuenta de los lazos que con ella la unían.

Cuando hubo terminado, la joven abrazó á su abuelo, diciendo llena de alegria:

—¡Cuán bueno sois!

E irguiéndose preguntó:

—Pero, ¿dónde está?

Hubiera querido verla en aquel momento: apoderarse de ella, llevársela á su marido y decirle:

—Aquí tienes á tu hija. La habias perdido; yo te la devuelvo y la querré como tú la quieres.

Pero era preciso esperar.

¡Cuán largas iban á hacérsele las horas!

Y en efecto, ¿dónde estaba Susana?

—¡Bah!—dijo la modista. — Disfrutando de este magnífico sol y de libertad... ¡Paciencia!... No tardará en volver.

Enviaron diez ó doce veces á casa de Susana.

La joven no habia vuelto.

La señorita Alejandra tampoco.

También faltaba un tercer personaje que vivia en las buhardillas de la casa donde Carolina tenía sus almacenes.

Pero era de muy pequeña importancia para que nadie pudiese inquietarse por su ausencia.

Era Guirec, el hombre del garrote, el pescador de Landeron, el amigo de Susana.

XVI

El plan de un miserable.

Habia amanecido el gran dia.

Marcial, desde muy temprano, se habia puesto sobre las armas.

Habia preparado su plan, como un general en jefe antes de dar una batalla decisiva.

Se habia dicho: Pondré al enemigo aquí, le engañaré con maniobras destinadas á que no me comprenda, le sorprenderé por un movimiento envolvente y en el momento psicológico le obligaré á una capitulación ventajosa... para mí, bien entendido.

Pero en todos los campos de batalla, hay un agente con el cual no cuentan nunca los mejores capitanes.

Es un cuerpo de ejército que se retrasa, una división que se extravia ó un aliado que vira en redondo y se pasa al enemigo en el momento oportuno.

En casos semejantes esto se llama traición.

Sin embargo, estos contratiempos no se producen siempre; y un plan, cuando es bueno, tiene siempre su valor.

El del hijo de la dueña del bodegón de la

calle de Provenza, y aunque incierto de Buscare, era admirable.

Había sabido atraerse excelentes auxiliares.

Tenía sujeta á la principal, á la señorita Alejandra, que trabajaba en provecho propio.

La perspectiva de recuperar el dinero que creía perdido, y hasta de triplicar el capital, la ponía incondicionalmente á su disposición.

Los treinta preciosísimos billetes de mil francos, alineados delante de ella por aquel miserable Marcial, al cual odiaba en el fondo —en caso de éxito de su tenebrosa intriga,— la fascinaban hasta tal punto, que á pesar de su clara inteligencia, había perdido la noción del bien y del mal.

Además, Marcial había tenido la precaución de ocultar en parte, á sus ojos, sus odiosos proyectos.

¿De qué se trataba, después de todo?

De la cosa más sencilla del mundo.

Gracias á las indiscreciones escapadas á un amigo—Buscare, un empleado de la agencia Fribur, Huchar y Compañía,—había sorprendido un secreto que valía una cantidad fabulosa.

Buscaban, tirando el dinero á manos llenas, á una niña perdida en su infancia, y la niña en cuestión, que ya era mujer, era Susana.

El solo era el único que lo sabía.

Susana se veía pobre, sin presente y sin porvenir, no tenía más padres que la mujer loca, Era, pues, muy fácil de seducir y engañarla fingiendo un amor desinteresado, comedia que sabía representar aquel tunante con la mayor perfección.